

REFLEXIONES

Reyna Pastor *

En estos tres últimos decenios la historiografía ha dedicado una parte importante de su atención a la historia de las mujeres. Separar la historia de las mujeres no es menos riesgoso que separar la de los hombres, porque según el tratamiento que se le de, puede sacarse a un u otro colectivo de su contexto histórico, de su sociedad.

En realidad lo que se ha venido estudiando en la historiografía anterior a los comienzos del siglo XX es la historia del poder, de su consecución y ejercicio, la historia de los poderosos de todo tipo. Del otro lado estaban las gentes sin historia, esos que formaban un todo genérico, como los campesinos, los proletarios, los esclavos, etc., o los judíos, los musulmanes, los heréticos, los mártires, etc., etc., es decir todo tipo de minorías o de marginados.

Desde hace poco estamos personalizándolos, dándoles voz. Con relación a la historia de las mujeres se trata de cambiar la perspectiva de la temática; verla desde las mujeres y no como un espejo en relación a la de los hombres.

Se trata de no sacar a las mujeres de su contexto histórico, como desgraciadamente han hecho muchas historiadoras y sociólogas y sus equivalentes masculinos, sino de comprender a las mujeres en su contexto histórico, en la sociedad. No es posible hacer la historia de las mujeres- ni la de los hombres- como la de un colectivo alineado ni alienado. La historia de las mujeres es parte intrínseca e inseparable de la de los hombres, del conjunto social.

Las mujeres han constituido, la mitad, o casi la mitad, o más de la mitad de las poblaciones, según las épocas y las organizaciones sociales, pese a ello han tenido un status de minoría reprimida, oscura, sin voz. Por eso es indispensable conocerlas en la sociedad, en sus sociedades y en su relación compleja y variante con los hombres.

La historia de las mujeres no tiene un ritmo cronológico especial no sigue un ritmo extraño al de la sociedad de cada época, pero sigue, con cierta especificidad a veces, los procesos de cambio social. Recién en la época contemporánea, y como reflejo de una toma de conciencia social y política, es que comienzan a expresarse grupos de mujeres con fines específicos y en su calidad de mujeres, como son los casos de las sufragistas, feministas, las Madres de Plaza de Mayo, etc.

Fue la organización del sistema capitalista el que dio lugar a la separación entre el empresario y el asalariado, los dueños de los medios de producción y el trabajo, como valor desprendido de toda otra connotación que la que no fuera la impuesta por el mercado "libre" de trabajo asalariado. Desde esos fines del siglo XVIII en Inglaterra y otros lugares de Europa del Norte, y durante todo el siglo XIX, el trabajo quedó expulsado de la casa, del interior de los grupos do-

* *Historiadora. Especialista en Historia Medieval*

mésticos, desde que se transforma hegemónicamente en trabajo asalariado obrero- industrial pasa entonces -a ser preponderantemente masculino. Hombres y mujeres quedaron divididos por sus formas de trabajo, externo e interno, el uno con valor monetario, el otro, el doméstico sin apreciación económico-social. Sin embargo todo esto no fue tajante, pues pronto la industria en desarrollo, sobre todo la textil, comenzó a hacer uso del trabajo asalariado femenino -y del infantil- por constituir una mano de obra mas barata y un mercado de trabajo mas depreciado. La larga historia del trabajo industrial o manufacturero femenino plagada de vejaciones y maltratos, de condiciones de trabajo inhumanas tuvo, sin embargo su lado positivo, pues lanzó a las mujeres a la calle, a las luchas por los salarios, a concretar la necesidad de organizarse solas o con -los hombres, en busca de sus derechos; laborales, primero, sociales y políticos, mas tarde. Es por ello que en el siglo XIX, sobre todo a fines, aparecen públicamente los primeros grandes movimientos femeninos y feministas. Los movimientos, y luchas feministas de estos últimos treinta años con sus declaraciones, discursos y estudios, tienen en esos antecedentes decimonómicos su cuna objetiva y argumental. Pero las reflexiones de feministas, sociólogos, demógrafos, etc. han tenido que remontarse a tiempos históricos anteriores, precapitalistas en algunos casos, o mas alejados, aún a los prehistóricos, para hallar algunas hipótesis sobre estereotipos, "conocimientos", mitologías etc., sobre las mujeres. Esto para tratar de entender, a veces, los orígenes, otras sin remontarse a éstos, el funcionamiento de los sistemas sociales de desigualdad en los que tienen lugar a su vez las desigualdades hombre-mujer, las relaciones de dominación de éstas por aquellos.

Discusiones entre antropólogos, historiadores y feministas, han sido y siguen siendo largas al respecto. (Sus orígenes están en algunos ensayistas y antropólogos del siglo pasado, y de principios del presente, como Engels, Bachofen, Maine, Morgan, etc.) El titulo mismo de la obra de F. Engels: "El origen de la familia, la propiedad privada y el estado", está indicando una de sus tesis, tal es que la derrota del sexo femenino se produjo con la aparición de la propiedad privada y del estado que la sostenía. Sin entrar en discusión debe observarse que para este autor y para todos los "materialistas", la desigualdad de las mujeres frente a los hombres se debe a razones históricas muy complejas y que forman parte de los diversos sistemas sociales (o de formaciones sociales) y sus respectivos cambios. Lo verdaderamente importante para estos antropólogos, historiadores y feministas es la centralidad de las relaciones de producción, que están acompañadas (o que determinan, según las interpretaciones) las relaciones de dominación. Mujeres y hombres están socialmente diferenciados, en las diversas formaciones sociales históricas y aún prehistóricas, pero no se diferenciaron por iguales caminos ni por iguales razones, especialmente por que las sociedades humanas se fueron complejizando según diversas, aunque no infinitas alternativas. En las sociedades llamadas "históricas" en las que estaban ya estructuradas diferencias sociales (las clases sociales en las mas complejas) y los

grupos de poder, también se organizaron los sistemas de parentesco y las relaciones de subordinación entre hombres y mujeres.

Estas afirmaciones merecen ciertas matizaciones. Por de pronto queda fuera, en nuestro caso adrede, la discusión sobre la existencia tanto teórica como empírica, de sociedades igualitarias, prehistóricas, protohistóricas o "primitivas", en las que al menos teóricamente podrían no haber existido las relaciones de subordinación. Un extremo de esta discusión es el que sostiene que, por el contrario las relaciones de dominación fueron desde un principio, universales, como afirman entre otros M Rosaldo y M Lanphere.

Estos problemas se entroncan con el de si existió o no, en sociedades históricas o en las primitivas de los antropólogos, el matriarcado y/o la matrilinealidad. Del segundo fenómeno no hay dudas al menos para un número limitado de sociedades, en las que se reconocía la filiación de los hijos por la madre. De lo primero hay muchas mas dudas, la tendencia general es a negar que hayan existido, pese a que, todavía para siglos históricos avanzados, pueden reconocerse vestigios de influencias de tipo matriarcal, tanto en Europa como en el continente americano, aunque seguramente se trata de sociedades patri-matriarcales. Una discusión muy difundida entre los científicos es que fue con el sedentarismo del neolítico, o de la revolución agraria, cuando el status de la mujer sufre una desigualdad negativa al pasar a ser valorada solo como reproductora. Es posible que entonces y por distintos caminos, se haya producido el matricidio, es decir que se hayan desvalorizado los roles femeninos especialmente el de la maternidad, por apropiación de los hombres de los controles de poder de los grupos/sociedades respectivos.

Para unos investigadores como M. Godelier las mujeres, en ciertas culturas al menos, fueron subordinadas, antes de que se produjera la división social en clases (pero no a partir de sociedades igualitarias sino en las que ya había ciertas diferenciaciones entre uno o varios grupos de poder, que podían ser parentelas o linajes- y otros grupos dominados). Para este investigador, las mujeres fueron separadas del control de los medios de producción del de los medios de destrucción y de los de intercambio así como de los medios del "pensamiento". La primacía del hombre se estableció en ciertas formaciones tribales a tal punto que, como sucedía entre los baruya de Nueva Guinea, los hombres se atribuían la primacía en la reproducción de la vida pues desarrollaron la idea de que el esperma alimentaba al feto, por lo que era necesario mantener relaciones sexuales con la mujer durante todo su embarazo.

Otros investigadores, sobre todo los que siguen líneas mas próximas al feminismo, afirman que la dominación masculina no estuvo necesariamente ligada a las formas productivas y a la formación de los poderes sino que es anterior y que se basó fundamentalmente en el control de la sexualidad femenina, la vigilancia y restricción de la capacidad de movimiento de las mujeres y la limitación de sus creatividades y posibilidades de acceso a los conocimientos.

Pensamos que ante las dificultades de interpretación y la pluralidad de

las mismas, es mejor, al menos para los historiadores, y como lo han formulado varios autores de distintas tendencias, partir de los sistemas de desigualdad dentro de las sociedades de desigualdad. Es más pertinente para el historiador preguntarse por las formas de desigualdades que se crean en cada sociedad y por qué medios, a sabiendas de que las diferencias naturales adquirieron significados culturales en los diversos sistemas sociales. Por tanto, según dice H. Moorello, pertinente es estudiar primero las diferencias de clases existentes en los diversos "sistemas" sociales, para integrar luego las cuestiones relativas al género y las relaciones de subordinación, en la comprensión de la diferencia y la teorización de la semejanza en y entre sociedades humanas.

Desde que se constituyeron las sociedades patriarcales las mujeres estuvieron sometidas primero al padre, guardador de su virginidad (muy valiosa para los grupos de poder, infinitamente menos importante para las clases dependientes, sometidas, los campesinos, etc.), luego al marido, celoso guardián de la fidelidad femenina (forma de control de su linaje), las monjas eran dadas como esposas a Cristo y las prostitutas eran de todos los hombres. Así se limitaron las capacidades de decisión de las mujeres sobre su cuerpo sexuado. Se reprimió su capacidad de movilidad autónoma, su gran movimiento pasó a ser el del cambio de un linaje a otro (de una casa a otra) del paterno al marital, ya que en la mayor parte de las formaciones sociales predominó la circulación de mujeres por casamientos, es decir la patrilocalidad.

Desde los albores de las tres religiones del Libro, la judaica cristiana y la musulmana, hasta hace unos pocos siglos en unas, hasta el presente en la última, la valoración, la ubicación social y política, y la filosófica han tenido puntos importantes y profundos de coincidencia con relación a las mujeres. Apuntaremos algunos aspectos salientes de este problema en la sociedad feudal occidental europea, fuertemente dominada por el poder de la Iglesia católica, productora de ideología y de ritual, de acuerdo, o en pugna, con el poder laico de reyes y señores. Poder político masculino que se estructura sobre la base del poder militar jerarquizado por las relaciones de vasallaje. Estos vínculos jerárquicos tienen carácter personal y los hombres que ejercen las distintas escalas del poder están unidos por juramentos de fidelidad. Las relaciones de linaje y las vasalláticas llegan a superponerse, pero las segundas fueron, al menos teóricamente, más importantes que las primeras. La Iglesia estuvo muy mezclada, parentelar y vasalláticamente en estas relaciones de poder.

En esta sociedad el papel de las mujeres estuvo muy diferenciado del de los hombres. Separadas de la política formal, sólo servían como prenda de paz entre linajes nobiliarios y aun entre reinos, pero no estaban apartadas totalmente, al menos las de muy alto rango, pues tenían ocasión de participar en la política informal y en algunos casos, como en España, aún en la formal.

Era la Iglesia como decíamos la que "hablaba" sobre las mujeres. La femineidad no fue hasta muy avanzados los siglos sino lo que los hombres pensaban de ella. Estos hombres de Iglesia, apartados de las mujeres por su condi-

ción (aunque el celibato eclesiástico masculino fue muy discutido y poco practicado durante estos siglos medievales) fueron quienes forjaron su imaginario y lo plasmaron en sus doctrinas. Tuvieron la palabra porque dominaban la escritura y transmitían una realidad que expresaba la óptica de su parte de poder.

Las mujeres tenían un alma salvable, pese a ello, debían estar siempre bajo la custodia masculina pues eran mentalmente consideradas como menores.

En principio, la Eva pecadora, causante de la expulsión del Paraíso, salida de Adán, cuando éste estaba dormido, es decir sin su consentimiento, fue la causante de todos los males. (Obsérvese la persistencia en la llamada cultura occidental en atribuir los "orígenes" a una sola pareja. Es muy posible que muchas ideas sobre la antelación de las relaciones de subordinación sobre todas las otras tenga este trasfondo acientífico. Pese a que es sabido que homínidos y hombres fueron siempre animales de manada, de grupos heterosexuales, que debieron establecer variados tipos de relaciones de convivencia, para la alimentación conservación y reproducción del mismo).

Las grandes discusiones y teorizaciones de los hombres de Iglesia culminan en dos periodos del siglo XI. EL primero cuando se enuncia la teoría de los Tres Ordenes, los de los defensores, los oradores y los que trabajan o laboratores, de esta manera la sociedad queda encuadrada y justificado el poder militar y el eclesiástico y el de dominación sobre la mayoría de la población. Las mujeres de cualquier clase social quedaron postergadas, difuminadas en este ordenamiento sociopolítico, cada una en su clase y cumpliendo con las funciones que les imponía el patriarcado feudal y su Iglesia.

Cuando este siglo XI culmina a sus finales, con la reorganización del papado, con la total compenetración de las funciones militar y eclesiástica, con la formación y puesta en marcha de las cruzadas, el poder masculino queda totalmente afianzado.

Sin embargo hubo voces disidentes. Cierta parte del clero y muchas mujeres de Iglesia, lucharon por la posibilidad de recuperar a las mujeres. Comenzaron por levantar la figura de Magdalena, la mujer que amó a Cristo como hombre y de la que decían algunos textos antiguos, citados ahora, que fue amada por Cristo y que éste le permitió propagar su doctrina. Monjas nobles y sus grupos de seguidoras o mujeres individuales, intentan y practican aún a costa de admoniciones y de excomuniones por parte del papa, de recuperar la palabra, de predicar, y aún mas, imparten los sacramentos, imponen los velos a sus compañeras, las confiesan, les dan la comunión, etc. Las discusiones fueron largas y aparecen y reaparecen en los siglos XII y XIII. Grupos de mujeres rebeldes siguieron moviéndose en los claustros o fuera de ellos, sobre todo cuando se adhieron a las diversas herejías de base cátara.

Pero en ese mismo siglo XIII se produjo la recepción del aristotelismo. Los neoaristotélicos, encabezados por Tomás de Aquino, justificaron la necesidad de limitar las capacidades jurídicas de las mujeres basándose en su debili-

dad constitutiva y por lo tanto, en su necesario sometimiento a los hombres. Para estos aristotélicos medievales, la jerarquía de los sexos hacía necesaria la custodia del femenino. Se arraiga la idea maniquea de que lo femenino se opone a lo masculino, tal como la naturaleza se opone a la cultura. Se consideraba a la mujer, dominio de la naturaleza, como un cuerpo defectuoso, ya que era, sexualmente un hombre invertido para adentro. Por eso ellas eran débiles, inconstantes y de ánimo vacilante. Las mujeres fuertes y las sexualmente muy activas también eran despreciadas como deformidades de la naturaleza, se las llamaba viragos es decir, viriles.

No resulta contradictorio que en este siglo se desarrolle enormemente el culto a la Virgen María. Marina Warner, lo ha estudiado en un trabajo reciente. A María, especialísima mediadora entre los hombres y Dios se le atribuyeron cualidades esencialmente catalogadas como femeninas: flexibilidad, amabilidad, receptividad, compasión, tolerancia, etc. Para la Iglesia la Virgen María fue (y es) el dechado de las perfecciones femeninas (inventadas por los hombres). Pero esta perfección la aleja de las mujeres cada vez mas en los siglos medievales. Su virginidad perpetua in partum y post partum la hace distinta e inalcanzable para las mujeres. Su figura de aleja también porque es la madre simbólica de la Iglesia y, además, realiza un matrimonio místico con Cristo, rompiendo, de manera espiritual, las leyes del incesto, vigente para los mortales.

La Iglesia imponía a mujeres y hombres unas severas leyes contra el incesto por parentesco directo (por sangre y cognaticio) y, el de afinidad o de alianza; primero fueron siete y luego cuatro grados (o mas bien las genículas) de consanguinidad o de afinidad dentro de las cuales no podían establecerse lazos matrimoniales sin incurrir en el incesto. Pero las gentes de la Iglesia rompían esas norma, de manera espiritual al contraer las monjas, matrimonio místico con el Padre y los curas con la madre Iglesia.

También la Iglesia impuso lentamente el sacramento del matrimonio. Fue una forma de custodiar y de valorizar a la mujer casada, aunque de hecho dividió a las mujeres entre las que podían casarse y las que no. Estas célibes quedaban en reserva, ante posibles desgracias de sus hermanas dotadas y por tanto casadas, quedaban bajo la custodia de sus padres u otros parientes, o tenían, pasada cierta edad, abiertas las puertas del convento.

He querido demostrar con estos breves ejemplos la interacción permanente entre lo socio-político y las relaciones de producción y de subordinación entre los actores sociales. La historia de la relación mujeres-hombres va mucho mas allá que sus protagonistas, tiene raíces profundas y variadas en su sociedad, en el vasto sentido de esta palabra.